



Dr. Osvaldo Puccio

Ensayando vislumbrar consecuencias de una guerra en el siglo XXI

El 24 de febrero se desató una guerra que no pocos analistas y dirigentes políticos relevantes de distintas latitudes suponían improbable, no obstante los anuncios de su inminencia por parte de fuentes de los EE.UU., incluido su presidente Joe Biden, que hacían inevitablemente recordar a Colin Powell en febrero de 2003 hablando ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de armas de destrucción masiva en Irak e iniciando un conflicto sin acuerdo del Consejo que desató una dinámica en el orden global que tuvo como consecuencia catástrofes bélicas y humanitarias que afectaron y afectan amplios espacios del planeta hasta nuestros días. A la distancia se puede decir que esa acción bélica tan ilegal como imprudente iniciada por el gobierno de George H.W. Bush fue el comienzo del fin de la hegemonía unipolar de los EE.UU. tras el fin de la Guerra Fría que habría de concluir en la crisis global de la economía a partir de 2008 y a la que el aislacionismo grotesco de Donald Trump puso un broche de oro.

El fin del mundo ordenado de manera unipolar tras el fin de la Unión Soviética con una incontrarrestable hegemonía de EE.UU. abrió el periodo en que ahora nos encontramos y que hemos dado en llamar de interregno hegemónico, en que las potencias principales a nivel global se encuentran en liza por asumir un posicionamiento principal en la correlación de fuerzas del nuevo orden global que se configura.

No cabe duda alguna que el proceso de búsqueda y “puja” por las mayores potencias globales por un nuevo orden mundial se ve radicalmente transformado y alcanza una nueva y diferente “calidad” usando el concepto de la dialéctica hegeliana con este hecho.

Este proceso se avizoraba como uno singular comparado con el discurrir histórico de los procesos anteriores de carácter similar, a lo menos, desde la configuración de los estados y especialmente desde los Estados nacionales de Westfalia en adelante, con un mundo globalizado en que el nuevo orden iría consolidándose de manera inédita, sin conflictos armados que involucraran a los actores centrales de modo evidente y participativo, a lo más con guerras vicarias como fue la norma desde el fin de la Segunda Guerra.

La invasión por parte de Rusia de un Estado soberano en Europa y en los márgenes de la OTAN, sin resolución de Naciones Unidas que la avale y más allá de sus circunstancias históricas, culturales, geográficas o de sensación o percepción de la propia seguridad que han sido mencionadas y tratadas en trabajos anteriores de esta serie marcan, sin duda alguna, una cisura que cambia sustantiva y esencialmente el estado de cosas en el orden mundial.

No cabe duda alguna que el proceso de búsqueda y “puja” por las mayores potencias globales por un nuevo orden mundial se ve radicalmente transformado y alcanza una nueva y diferente “calidad” usando el concepto de la dialéctica hegeliana con este hecho.

Más allá de lo evidente que es que ante un proceso de esta magnitud y profundidad sea difícil, si no, de temeraria irresponsabilidad hacer previsiones acerca de en lo que devendrá el estado de cosas una vez superado el proceso en curso.

Hasta entonces había no pocos argumentos que se podían invocar para contextualizar, incluso justificar, el alegato ruso con relación a su propia seguridad y con ello a su aspiración a ser un actor principal o al menos relevante en el Orden Global que se conformaba, la agresión marca un cualitativamente distinto estado de cosas.



Al fin de la Guerra Fría como habían sido desde la Paz de Westfalia, todas las guerras concluyeron con una conferencia de paz en que vencedores y vencidos acordaron los términos de las relaciones en el nuevo estado de cosas. Tras el fin de esa guerra de carácter particular, “la fría”, que duró un muy largo periodo y con ausencia de confrontación armada directa entre los contendientes principales el “acuerdo de paz” se produjo de un modo tan paradójico como singular, fue en una guerra despiadada en las márgenes de los espacios de seguridad de ambas potencias en Europa, el escenario principal del conflicto que terminaba. Fue la Guerra de los Balcanes. En ese episodio el vencido fue humillado- de modo vicario a través de Serbia, el único aliado que mantenía- y arrinconado. Es un tipo de consolidación de la “paz” que inevitablemente recuerda lo que los vencedores obtuvieron en Versalles en junio de 1919 sobre todo si se tiene en cuenta los resultados de él: la preparación autoritaria y desmedida de la revancha. Pareciera hoy que Vladimir Vladimirovich Putin consideró esa revancha su “destino manifiesto” desde que reemplazara a Boris Yeltsin.

Probablemente muy en contra de las previsiones del Gobierno ruso y desde luego del propio Putin, la invasión a Ucrania no ha sido una “operación militar especial”, veloz, certera y breve. No es la primera “blitzkrieg” que no se ajusta a las expectativas y planes de los que la inician..., lo que debería haber sido un asunto de pocos días se ha convertido en una guerra en toda la regla que ya sobrepasa el mes sin visos de término, acuerdo o armisticio.

Los elementos involucrados en ella son de tanta complejidad como imprevisibilidad, con componentes nuevos y novedosos en conflictos de esta naturaleza, que sobre todo por sus consecuencias van desde el manejo con medios inéditos en este tipo de confrontaciones del estado de opinión e información global, hasta la incidencia concreta en la economía cotidiana en los países más lejanos de los territorios en que se desarrolla el enfrentamiento. De manera gráfica y con algo de humor preñado de cinismo un alto dirigente europeo señaló que la contienda era entre una gasolinera y una panadería de alcance global. Solo la incidencia en el mercado mundial de los hidrocarburos y de los cereales hacen que los hechos en esa región alcancen a todas las otras en el planeta.

Rusia había alegado, no carente del todo de argumentación plausible, que su seguridad estaba amenazada o que al menos así lo percibía, -cuánto y de qué manera era así desde luego es opinable-, no obstante que es un hecho que compromisos adquiridos en ese aspecto al fin de la Unión Soviética por parte de Gorbachov y también Yeltsin fueron según antecedentes que son conocidos incumplidos por EE.UU. y su alianza militar en Europa.

Francia y Alemania especialmente -la historia y la experiencia de las naciones es una fuerza muy potente que marca conductas- tuvieron de modo permanente una política de diálogo, comprensión y acercamiento a la visión rusa de su propia situación. Angela Merkel, casi ella misma como una metáfora de la Alemania unificada, fue encarnación de esa conducta. No es irrelevante en ese contexto tener en cuenta la audaz apuesta que hizo Alemania y no solo ella al consolidar y aumentar una significativa dependencia energética de Rusia que por su magnitud suponía espacios amplios, estables y permanentes de cooperación.





En este cuadro, aunque de modo algo más relativizado, es posible entender por ejemplo la reacción medida y a las finales cautelosa de Occidente ante la anexión de Crimea y la proclamación de “Repúblicas independientes” en el oriente de Ucrania a raíz de los acontecimientos del 2014 en ese país.

La situación global hasta el señalado 24 de febrero estaba marcada como dijimos por un interregno hegemónico que parecía excluir la conflagración armada evidente, donde ningún actor podía ostentar una posición estabilizada de dominio y no estaba consolidada aún la manera y el modo de la posición e influencia de cada uno de los contendientes.

En él los jugadores principales eran, desde luego, EE.UU. y China. La relación entre ambos discurría -y en cierto modo aún discurre- con tensiones de mayor o menor magnitud que se juegan principalmente en el plano de las relaciones económicas y no poco en la retórica discursiva, pero con una aparente y concordante contención, incluso en temas sensibles como Taiwán o las aspiraciones de hegemonía en el Pacífico.

El otro jugador, la Unión Europea, que tras el desastre de Afganistán buscaba una mayor identidad y autonomía en el plano de la defensa y la seguridad ejercida como factor del “poder blando” que la propia Comunidad se autoimpuso como sello distintivo. En su acción como sujeto político de estados nacionales agrupados que cedían partes importantes de su propia soberanía trataba de superar sus propias dificultades internas con disidencias y diferencias inculcables entre el norte y el sur, los intereses de los grandes y los “nuevos” y no en último término los países y las fuerzas políticas que mostraban creciente y a veces agresivo talante autoritario.

Esta mayor autonomía en el terreno de la seguridad, pero no sólo en ella implicaba un distanciamiento de la presencia americana en el continente, que si bien resistida por algunos países de la Unión como Polonia o los bálticos, se veía reforzada y estimulada por la deriva del Brexit con una Inglaterra que había decidido dar un salto mortal con perspectivas cierta de obtener este último adjetivo como resultado.

La acción militar rusa ha tenido como consecuencia una fuerte consolidación de la unidad interna de la UE y consolidando no sólo su intención de fortalecer sus políticas de seguridad, sino aislando los sectores más autoritarios y de menor compromiso democrático en los distintos países que el último tiempo habían coqueteado con algún entusiasmo con Putin.

El cuarto en disputa por un rol significativo en esta brega por el posicionamiento hegemónico era Rusia, esa potencia que a las finales seguía siéndolo en cierto modo por una suerte de inercia de su propia historia y tradición, no obstante una economía débil y esencialmente monoprodutora, pero con las segundas fuerzas armadas del planeta provistas de un arsenal nuclear que en más de un aspecto estratégico supera al de su antiguo rival en la Guerra Fría.

Rusia, no obstante haber devenido en un país de un capitalismo tan salvaje como corrupto (valga la redundancia), es al menos en posición y territorio heredero de la Unión Soviética, que había sido derrotada y aniquilada, resultado de su propia implosión al final de la Guerra Fría, pero también del Imperio ruso heredero de Bizancio. Un territorio en el que sin solución de continuidad el poder se ha ejercido de modo autoritario, cuando no despótico, y que nunca vivió un desarrollo pleno de las ideas ilustradas.

El proceso de reordenamiento del orden global con el cuadro hegemónico abierto y en disputa discurría en lo que podríamos llamar un modus vivendi dinámico de equilibrio precario y en desarrollo, que por angas o por mangas se mantenía dentro de los márgenes de un orden global de coexistencia tanto entre los países como entre normas e instituciones heredadas del mundo de la Guerra Fría. En ese contexto persistía como tendencia principal el proceso de globalización, paradójicamente fortalecido por dinámicas de cooperación que impulsaba la pandemia sobreviniente.

La acción unilateral de Rusia saltándose prácticamente todas las normas universalmente reconocidas en el teatro geopolítico más sensible -Europa- generó un estado de cosas que transformó sustantivamente el escenario y sobre todo a sus actores y a los roles que habrán de cumplir en él.

Hacer seguimiento y desentrañar las tendencias y direcciones que vayan tomando los distintos actores en el nuevo cuadro es, sin duda y más allá de los avatares del conflicto actualmente en curso, la tarea principal del análisis del desarrollo internacional.

El paso dado por Rusia con su agresión más allá de cualquier contextualización histórica y factual es una ruptura de especial gravedad en el contexto actual, sobre todo considerando su poder y posición en un estado de desarrollo global con normas y costumbres asentadas y aceptadas del derecho de gentes.

Por las características del acto no es oponible un alegato por el empate con acciones de carácter muy similar realizadas por EE.UU. lo que hacen con entusiasmo ciertos mundos culturales de la “izquierda” que tienden a conceder continuidad de sus simpatías por la Unión Soviética con la Rusia actual que de haber alguna es en la cercanía con las más reaccionarias y antihumanistas características de aquella a lo que se suma un régimen económico que genera una despiadada desigualdad.

China merece una observación especial no sólo por su importancia, tamaño o presencia y prestancia en el cuadro actual, sino porque su rol jugando al distante será un factor determinante no solo en el modo, manera y los tiempos del conflicto y por sobre todo la posición en que se situará en el nuevo contexto que se abra.

Todo ello contrasta con el papel que juega en la crisis América Latina que no va más allá de ser un actor de completa irrelevancia, sin más función que ser objeto pasivo de sus consecuencias.



En la misma línea es posible afirmar que a raíz de esta situación Naciones Unidas, y lo que ella representa como encarnación de la legalidad internacional, se encuentra en un punto de inflexión que visto de manera optimista podría significar una reformulación que supere la actual que es tributaria del fin de la Segunda Guerra Mundial y refleje la situación efectiva en las correlaciones de fuerzas de este tiempo. Ya lo hemos dicho que no cabe adelantar en este momento resultados o consecuencias de proceso en curso, pero se puede afirmar con un grado alto de certeza que la reforma cuando no refundación de las NN.UU. se pondrá como un elemento prioritario y perentorio de la agenda internacional, so pena de iniciar una deriva a la irrelevancia política.

Interesante es consignar finalmente lo que ha significado la agresión rusa a Ucrania en el resto de los vecinos europeos, en especial en aquellos que se congregan en la Unión Europea.

Sin entrar en detalles de las consecuencias habidas que han de ser objeto de un trabajo específico se pueden señalar a lo menos tres de mayor relevancia:



El primero y más relevante en el corto plazo es la consolidación de la Unión como una unidad política que actúa conteste ante una emergencia internacional, ello no obstante haber estado al inicio de la crisis en un proceso ríspido de visiones y conductas en su interior que incluso hacían temer a algunos analistas por su propia mantención más allá de un simple mercado común. En los hechos y con independencia que los protagonistas centrales son aquellos que lo fueron durante la Guerra Fría - ambos contendientes se ven satisfechos y cómodos en el nostálgico rol- la Unión Europea ha tendido a comportarse como un sujeto en sí mismo.

El segundo de los resultados aún por definirse es la decisión de avanzar en la conformación de una fuerza militar efectiva, autónoma y de envergadura. En ellos es necesario tener en cuenta como antecedente inmediato lo sucedido en Afganistán y el debate que estaba en curso acerca de la presencia y rol de la OTAN cuando se hablaba de Stoltenberg versus van der Leyen y Borrel, pero sobre todo el cambio operado por el gobierno de Olaf Scholz en Alemania que no obstante una sensible resistencia de opinión pública ha tenido un transversal apoyo en las fuerzas políticas, incluida la izquierda de la socialdemocracia en el sentido de ampliar y fortalecer de manera sustantiva en términos presupuestarios y de modernización sus Fuerzas Armadas. Con ello Alemania abandona la vocación pacifista y de autoinhibición de participar en crisis en que se requería presencia militar desplegada después de su derrota en 1945 y abre un protagonismo nuevo en un plano en el que se y la habían restado.

El tercer resultado es la convicción, esta vez con resultados prácticos, de procurar un giro en las fuentes de energía, por lo pronto no solo hay una reafirmación de impulsar con mayor fuerza las renovables, sino se vislumbra un giro en la disposición hacia aceptar la nuclear como parte de ellas.

Para concluir entonces con un punto esperanzador no es difícil vislumbrar en esta línea un aporte sustantivo y un paso positivo frente al cambio climático.

Fin.



Dr. Osvaldo Puccio

Phd EnFilosofía

Universidad de Humboldt de Berlín